

J. J. LOPEZ-IBOR

Editorial

VOCACION Y TRASTORNOS NERVIOSOS

Vocación y trastornos nerviosos

Publicado en

ACTAS LUSO-ESPAÑOLAS DE NEUROLOGIA, PSIQUIATRIA Y CIENCIAS AFINES

Volumen VI. Mayo-junio 1978. Número 3.

Ayuntamiento de Madrid

Depósito legal: M. Sep. 851.—1958.

Gráficas Orbe, S. L., Padilla, 82, Madrid.—1978.

Ayuntamiento de Madrid

VOCACION Y TRASTORNOS NERVIOSOS

La psiquiatría hoy día huye cada vez más de establecer una categoría, más o menos general, de la enfermedad y trata de perseguir la individualidad y la singularidad de cada caso clínico. Por eso lo importante, a mi modo de ver, es analizar la estructura que existe en el fondo de la llamada vocacional y la posibilidad de que la luz de la llamada se encuentre simulada por la opacidad de la enfermedad. No hay paradoja en este contraste entre luz y opacidad, porque esa opacidad puede ser engañosamente considerada como luz por el propio enfermo.

La vida normal asienta sobre un subsuelo biológico que la lleva hacia adelante. Sobre este subsuelo se montan todas las posibles proyecciones espirituales. Hay ocasiones en las que falla aquel subsuelo. No me refiero a las enfermedades corrientes, por graves que sean. Muchas veces un cáncer o una tuberculosis, en lugar de destruir el sentido de una vida, lo acrecientan.

Me refiero a cierto tipo de trastornos nerviosos que asientan en la misma entraña de la vitalidad. El más claro de ellos es la melancolía. En la enfermedad así llamada, la vida pierde todo sentido, todo valor. El futuro no existe para el melancólico: un muro parece detener toda la proyección de su vida hacia adelante. El pasado, en cambio, aparece como dilatado y negro campo, lleno de raíces de culpabilidad morbosa. Cualquiera hecho trivial del pasado aparece como un pecado o como una falta grave. No hay para el enfermo de esta terrible y cruel enfermedad consuelo posible. Ni esperanza, mientras que la enfermedad dura. Las palabras que se le dicen resbalan sin lograr disminuir el atroz sufrimiento. Es la entrada

misma del sentimiento de la vida la que se halla quemada, carbonizada, por la enfermedad.

Por eso el tormento es mayor. Es la vida sin vida. La vida sin esperanza en absoluto. Ni siquiera los angustiados pueden reconocer que están enfermos. En los casos menos profundos de enfermedad se les hace más clara la disminución de su vitalidad en el alargamiento infinito del tiempo («Cada mañana me aterro al ver que me espera todo un día por delante»). Cuando el enfermo empieza a recobrase se inicia la percepción de su vitalidad, que apenas va despertando. Y al despertar comienza el tormento de la angustia.

Son tres las formas de angustia originaria del ser: sentimientos de culpabilidad—sea o no de tipo religioso—, sensación de peligro de no poder contar con su cuerpo—como una forma peculiar de hipocondría— y sensación de ruina no sólo de dinero, sino de todas las relaciones con el mundo en que antes vivía.

Existen otros casos en los que el sufrimiento no alcanza profundidades tan terribles. Pero de vez en cuando, como un relámpago anunciando una tormenta, el enfermo, que no parece tener más que una trivial «fatiga nerviosa», se ve inquietado por la pregunta: ¿Para qué sirve, qué es, qué significa mi vida?

Se comprende que en tales crisis existenciales se abran nuevas perspectivas y que reconocido, desde la profundidad de la crisis, el nulo valor de las cosas, se acentúe en el plano intelectual con una afirmación forzosa de la vida.

La vida tiene un sentido, pero el sentido

de la vida—*de cada vida*—no aparece claro muchas veces a uno mismo. La naturaleza problemática del hombre le lleva siempre a preguntarse por sí mismo. Quien logra una clara respuesta de una vez para siempre sobre el sentido de su vida no se inquietará por esa pregunta. Existen, empero, naturalezas inseguras de sí mismas que continuamente están carcomidas por la inquietud. También hay otros casos en los que la inquietud les asalta súbitamente, como una tormenta brusca en un atardecer junto al mar.

Entonces se duda del sentido de la vida. Muchas veces estas crisis son anormales. Algo falla en aquellos seres. Lo que falla es lo que podríamos llamar *la vitalidad*.

La vocación es llamada; por tanto, es dirección, sentido. La voz viene de alguna parte y nos marca el camino. Una vida con vocación es una vida con sentido. Pero ¿es que no puede concebirse una vida sin sentido? El punto de vista nihilista consiste en eso: en afirmar que la vida no tiene sentido. El nihilista auténtico no existe fuera de la enfermedad y el suicidio. Porque la vida, para ser vivida, necesita estar apoyada en algo afirmativo, aunque esta afirmación se enmascare.

Muchas veces se habla de la hipocresía cuando se guardan las formas sociales, sin que tal conducta se apoye en una auténtica y sincera vida moral. Pero conviene no olvidar que ésta no es la única forma de hipocresía. Hay una hipocresía intelectual cuando se hace compatible un nihilismo con el vacío vocacional, cuando la busca en una

luz intrascendente. De ello nos salvará el encuentro con la auténtica luz.

De una crisis vital puede surgir una verdadera llamada, una real vocación. La crisis ha logrado purificar una vida y eliminar lo que de falso había en ella. Pero el milagro está en que en ciertas ocasiones la llamada es engañosa. Por regla general, tales crisis son pasajeras. Duran meses, a veces algunos años, pero pasan como una tormenta y de nuevo la vida aparece apetecible aun en sus bienes minúsculos. Por eso es necesario penetrar lo más profundamente posible en el fondo de esas crisis y tratar de desentrañar lo que hay de positivo y de negativo en ellas. Que la llamada no sea una pura proyección del nihilismo de la crisis, sino una auténtica voz que la supere. La negación del sentido de la vida es una operación solipsística. Si la vida humana se considera cerrada a la trascendencia, apenas puede encontrarsele sentido. Una vida así se reduce a la satisfacción de los sentidos y necesidades. El mundo del hombre se cierra, como cerrado está el mundo del animal. A un estímulo, una respuesta. Nada más. Sin embargo, una vida humana tan absolutamente cerrada sobre sí misma no es posible en tanto sea una vida humana normal.

La satisfacción de los instintos deja siempre la apertura de la insatisfacción. El hombre no opera nunca en circuito cerrado. Por eso es siempre capaz de preguntarse por sí mismo, de elevar una interrogación y un enigma sobre el plano de la vida cotidiana.

J. J. LÓPEZ-IBOR

